

EDITORIAL

Solidaridad

La solidaridad, como eje cultural de un proyecto ético, es ampliamente aceptada en el discurso político, pero está claramente ausente en la realidad cotidiana de nuestros ciudadanos.

Culturalmente, la solidaridad tiene dos connotaciones:

1.- **Deber** del individuo sobre su entorno social.

2.- **Exigencia** de relaciones de generosidad con los otros.

La primera de las acepciones se refiere a la justicia social y también a la justicia legal. Sin embargo, cada individuo debe considerarse responsable de sus propios actos y por ello, fuera del ámbito estricto de la justicia, se suceden los gestos de «caridad» que no suponen una responsabilidad directa (así, por ejemplo, el discurso sobre la generosidad al dar limosna).

Y la segunda, hace referencia a la responsabilidad social del individuo, ya que ésta debe concebirse dentro de una perspectiva comunitaria. La solidaridad implica una exigencia antropológica para la realización del “yo” y ésta sólo se concibe dentro de una red de relaciones con otros; por tanto, sólo la visión del «nosotros» permite la auténtica realización del «yo».

En el ámbito que nos atañe, la solidaridad es imprescindible, al formar parte de una comunidad viva, interconectada y vinculante, que no es viable sin la participación de la mayoría de sus componentes. Otra cuestión es el grado de compromiso que cada uno quiera adquirir respecto al otro, pero si existe la solidaridad, éste queda en un segundo plano.

Estamos viviendo tiempos convulsos, afrontando cada día nuevos retos de difícil solución para una parte de nuestra sociedad, carente de referentes y motivaciones para seguir creciendo. En estos momentos de incertidumbre es cuando sale

del “yo” el “nosotros”. Estamos obligados y así respondemos, a dar nuestra solidaridad a esa parte de la sociedad que se siente dentro de un espacio en el que no significa nada. Todos nos necesitamos, también a esa parte de la sociedad que camina entre nosotros pero que casi nunca vemos.

Estamos en época de Navidad, donde se utiliza “el buenismo” como moneda de cambio de nuestra conciencia. Días de derroche de “solidaridad”; compramos, regalamos, invitamos, ofrecemos palabras y deseos maravillosos, culminamos nuestras grandes obras regalando a nuestros hijos una mascota..., incluso ponemos toda la esperanza en un décimo de lotería.

Tal vez todo esto es debido a las campañas sensibleras que bombardean nuestra paz, o quizá porque lo necesitamos.

Cierto es que eso también es solidaridad, y que está muy bien, aunque el día 8 de enero todo se nos olvide. Las necesidades no terminan con la navidad, los problemas suelen ser pertinaces, las heridas tardan mucho en cicatrizar y el tiempo es limitado.

-El agua de nuestros ríos solo pasa una vez, aunque todos los días veamos como discurre por ellos, nunca es la misma. Pero llegará un día que no fluya— y será en ese momento cuando nos preguntemos por qué, que hemos hecho mal-

Todos los individuos que formamos esta sociedad no deberíamos esperar al día en que reflexionemos cuál fue el motivo por el que “el agua ya no baje por nuestros ríos”.

La solidaridad es necesaria, es el lubricante de los engranajes que hacen mover nuestra máquina del crecimiento, de la cultura, del conocimiento, en fin..., del humanismo.